

DIÁLOGO TRANSATLÁNTICO Y HETEROCARACTERIZACIÓN DE «LO ESPAÑOL» EN EL PERIÓDICO CHILENO *LA SEMANA* (1859-1860)

Claudio VÉLIZ ROJAS

Universidad Central de Chile
cvelizro@gmail.com

Hai una literatura que nos legó la España con su relijión divina, con sus pesadas e indijestas leyes, con sus funestas i antisociales preocupaciones. Pero esa literatura no debe ser la nuestra, porque al cortar las enmohecidas cadenas que nos ligaron a la Península, comenzó a tomar otro tinte mui diverso nuestra nacionalidad [...]

J. V. Lastarria, *Discurso de Incorporación de D. J. V. Lastarria a una Sociedad de Literatura* (1842).

De ida y vuelta. Devuelto a su ida. Devolviendo todo lo que fue ido. Así es como comenzamos a pensar en un movimiento perpetuo que no deja de oscilar entre polos que no parecen polos; polos que son muy parecidos en sus costumbres, en sus formas de expresión, en su lenguaje. Así es como iniciamos una revisión del diálogo entre España y América. En este diálogo no faltarán los puntos de diferencia o de tensión pues, ¿qué hijo no desea distanciarse del padre para hallar su propio camino? Sin embargo y desde un doble juego metafórico, ya el historiador Marc Bloch planteaba en su célebre testamento *Introducción a la historia* uno de esos enunciados que parecen retumbar en el espectro de las Humanidades: «los hombres se parecen más a su tiempo que a su padres» (1982: 32). De allí que, y desglosando ya un objetivo del presente artículo, establecemos que la investigación y escritura de lo que Ud. está leyendo reposa en este doble aspecto: un tiempo —el siglo XIX— y un principio de transferencia, España.

Intentando hacer evidente esta idea implícita, mi trabajo se limitará a la revisión del periódico chileno *La Semana* (1859-1860), para analizar la construcción de heterocaracterizaciones de «lo español» a partir de voces intelectuales americanas específicas. Ante este ejercicio de atrás y selección, nos pondremos los lentes teóricos de los Estudios Transatlánticos para apreciar un espectáculo —la noción de espectáculo resulta clave para comprender un periódico que lucha decididamente para captar y construir público(s)— que no tiene un lugar único y esencial para presentar su obra —performar— sino como un teatro itinerante: el *show* será construido desde una perspectiva dialógica entre este dos puntos.

A forma de tentativa, la hipótesis defendida por este artículo será la siguiente: el periódico literario *La Semana* (1859-1860), desde un espacio político cultural tenso como lo fue el término de la guerra civil de 1859, reafirmó un modelo de heterocaracterizaciones para la representación de la literatura española en su campo intelectual. A través de frases tales como: «Siglo de Oro español escuela para América», «Espronceda símbolo de la literatura hispana del siglo XIX» y «España como representación de un igual/padre para los americanos», esta prensa fundacional y racionante (Ossandón Buljavic, 1998: 42-47) consolidó una imagen de «lo español» involucrando un diálogo transatlántico entre la unidad cultural americana respecto a la producción literaria española.

En este análisis de diálogo entre ida y vuelta, se hace necesario explicar el aporte y los materiales disponibles para los lineamientos teóricos aplicados. De lo anterior, clara y precisa es la definición que nos entrega Julio Ortega para entender los Estudios Transatlánticos como la posibilidad de desarmar el canon oficial literario, es decir, «un texto leído fuera de su marco local, en tensión con otros escenarios de contra-dicción y entramado» (2006: 94). Esto, a su vez, «desencadena un precipitado de nueva información, parte de estas consideraciones de una práctica crítica des-centradora y una teoría de sistemas trans-fronterizos, de inclusión y debate, de pertenencia y apertura» (2006: 94). En esta perspectiva, el presente trabajo no tomará solamente un texto para leerlo fuera de su marco local, como ya lo asevera Ortega, sino que también se hará cargo de las concepciones culturales que se articularon respecto a dicho texto en otras latitudes.

Respecto al término «heterocaracterizaciones», tomamos esta definición a partir de lo explicado por el filólogo español Francisco Álamo Felices. Desde la narratología, Álamo explica el concepto de heterocaracterización desde la modalidad «caracterización directa». Esto es:

Caracterización directa: Consiste en la descripción estática de los atributos físicos, psíquicos y ético-morales del personaje que se presenta con la suficiente exhaustividad para que quede así enmarcada una radiografía operativa del personaje en cuestión y entender, por tanto, su devenir y comportamiento a lo largo de la historia ofrecida por el narrador. Este tipo de caracterización se construye dentro del discurso con este único fin caracterizador y definidor del universo individualizador del personaje. Se presenta, a su vez, mediante dos operaciones: si el proceso expositivo lo realiza el propio personaje, se denomina autocaracterización [...].

En tanto que si la información la filtra cualquier otra entidad de la narración —narradores, otros personajes, etc.—, nos encontramos ante una heterocaracterización (obviamente, en este segundo caso, las consecuencias de la carga informativa ofrecida suelen variar en razón a la mayor o menor subjetividad e intencionalidad del foco y de la perspectiva desde la que se hace o se proporciona aquella) (195-196).

En este sentido, las heterocaracterizaciones de «lo español» constituyen nuestro punto central toda vez que la concepción de este mundo se instauró no solamente en el imaginario español sino que se vio reafirmada/deconstruida en los varios discursos nacionales del siglo XIX.

Iniciando nuestro trabajo con este diálogo transatlántico auestas, anunciamos que las heterocaracterizaciones de «lo español» serán trabajadas desde la consideración del contexto decimonónico como un espacio de constante rearticulación entre el imaginario intelectual americano y la cultura hispana (Kaempfer, 2006). En este sentido es que ponemos a prueba la mirada crítica de Leopoldo Zea, quien reflexionó sobre el siglo XIX en América Latina como la construcción de un pensamiento americano en negación del pasado español. En Zea, los hispanoamericanos habrían mirado hacia Europa en busca de modelos que permitiesen orientar su desarrollo físico, moral y

emocional, intentando negar dialecticamente su pasado hispano¹ (1976). Subordinados a esta visión dicotómica de la historia americana (se acepta o se rechaza el pasado), la negación de «lo español» se habría reafirmado como un recurso reiterativo ya no tan sólo para la filosofía americana sino, y también, para la crítica literaria del siglo XX².

Así pues, la revisión de estas transferencias y la relocalización de ellas se presentan como una justificación para comprender la construcción del siglo de las literaturas nacionales en una mirada más amplia. Bajo esta senda, la prensa como instrumento y finalidad —retomando el aforismo popularizado por Marshall McLuhan—, será nuestro soporte para la demostración de este diálogo ente América y España.

La prensa del XIX y su contexto: *La Semana* (1859-1860)

Si el periodista debe estar donde la noticia está, si la noticia debe ser de interés para el público o si el público aún no está preparado para determinadas noticias, todas estas preguntas las podemos aunar en uno de los primeros medios que discutió no solamente con perspectiva crítica el contexto en el cual estaba inmerso sino como una metacrítica de su época. El periódico *La Semana* se comenzó a publicar el año de 1859 en un contexto de tensiones y reajustes propios de una nación que intentaba sumarse a la carrera propuesta por el desarrollo y el progreso (Stuven, 2000:106-110). A la salida de una guerra civil —guerra civil de 1859— y a la entrada de un desplazamiento de la esfera política oficial hacia el liberalismo de transición (Collier, 2005: 12), la publicación de *La Semana* se enmarca como un periódico que permitirá la construcción de voces intelectuales en el tránsito de un sistema conservador a una apertura liberal:

Pasada la tormenta revolucionaria que se desencadenó después de aquel estado de sitio, i que mantuvo al país en dolorosa alarma i ahogado en lagrimas i sangre, durante los primeros meses de 1859, era de esperar que la producción literaria independiente desapareciera i que todo el movimiento intelectual quedase reducido, como ántes, a la esfera en que las influencias oficiales y eclesiásticas imperaban. I así habría sucedido indudablemente, como lo demuestra gran número de textos didácticos, de traducciones i reimpressiones que aparecieron en aquel año, bajo la protección del gobierno, i las treinta i tantas obras de interés religioso que se publicaron, sino hubiera ocurrido un acontecimiento tan feliz como inesperado³(Lastarria, 1878: 883).

De esta forma y exponiendo los actos de la ralentización literaria de la época como producto del «enemigo conservador» (Iglesia y gobierno), el político y publicista chileno José Victorino

¹ Desde este punto se sustentan la serie de aseveraciones que colocar el periodo colonial, como la «edad media» (concepción negativa) de América. Para este caso, el periodo de independencia vendría ser, claramente, nuestra edad de Renacimiento.

² Diversas antologías de narrativa y poesía latinoamericana decimonónica sentaron sus bases son la negación de un diálogo fluido con España. Casos reconocidos por la crítica son Emilio Carilla, Susana Zanetti, Enrique Anderson Imbert, entre otros.

³ Redactado bajo las memorias de un liberalismo combativo que aún propone la necesaria oposición a uno de los últimos conservadurismos duros de mediados del XIX como lo fue el gobierno de Manuel Montt (1851-1861) —gobierno que por cierto asciende en guerra civil y culmina bajo el mismo acto—, el texto antecedente explica la imagen del enemigo conservador enalteciendo, a su vez, el pensamiento liberal. Para mayor referencia al liberalismo en Chile, véase Jaksic y Carbó, eds. (2011). Para una revisión detenida del liberalismo en Lastarria, central es la obra de Bernardo Subercaseaux (1997).

Lastarria (1817-1888) narra épicamente la aparición del periódico. A partir de este entramado, el autor de los *Recuerdos Literarios* (1878), conmemora a la aparición de *La Semana* con estas palabras:

Ese acontecimiento fué la aparición de *La Semana*, periódico noticioso, literario i científico, que principiaba el 21 de mayo, cuando aun no hacia un mes que tronaba el cañon de la última batalla de la guerra civil, cuando todavía se oían las detonaciones de los últimos fusilazos de una rebelión, cuyo desconcierto revelaba su origen popular i le daba un carácter de protesta del país contra el absolutismo de un gobierno represivo. ¿Quién venía a ofrecer en aquellos momentos de dolor a la inteligencia i al corazón los consuelos de las letras? (1878: 883-884).

Tal como lo indica el párrafo, Lastarria rememora la aparición de la publicación como la encarnación de la protesta popular contra el régimen de Montt. Si bien este fragmento nos sirve de modelo para la introducción del contexto en que surge el periódico, resulta necesario filtrar el discurso lastarriano antes de proseguir con nuestro análisis. La retórica épica de sus memorias deberemos comprenderla desde un paradigma liberal que lucha por instaurar su orden del discurso (Foucault, 2011) por sobre la práctica conservadora. En dicho caso, la apreciación de una clase popular⁴ que apoya a los intelectuales y que junto a ellos lucha contra el absolutismo imperante responde a una nación mas bien deseada que a una nación real (Peluffo y Sánchez, 2010: 10). Desconectados de la base popular, estos intelectuales utilizaron la figura «del pueblo» como un instrumento que llenaría los vacíos semántico-políticos y que fundamentaría, a su vez, las ideas para el combate contra este conservadurismo⁵. En esta perspectiva y en pugna por la representación del sentido semiótico de la realidad nacional, *La Semana* se instaure como prensa «raciocinante» e informativa (Ossandón, 1998) destinada a la exposición de las ideas que esta intelectualidad masculina, blanca, burguesa y chilena. En el argumento del historiador Carlos Ossandón Buljevic:

El «desprendimiento» (parcial) de las antiguas funciones (doctrinarias: litigadoras o fundacionales) que desempeñó el periodismo, viene impulsado por un sujeto (el «publicista») cuya novedad radica —si bien conserva parte importante del temple iluminista y educador— en el lugar desde el cual opera y, en particular, en el vínculo que establece con una «publicidad política», activa dentro de la cual se siente parte y que busca ampliar. Este sujeto se reconoce en el desarrollo de una función «raciocinante», independiente y pública, alejada tanto del prurito fundacional como del alegato o del ensimismamiento doctrinario. Esta

⁴ El concepto de «pueblo» o «pueblos», constituye uno de los términos más utilizados durante el largo siglo XIX. Siendo el o los pueblos la fuente de legitimidad para los poderes republicanos, la apelación constante por parte de los liberales chilenos a dicho término, muchas veces contribuyó a dificultar aún más, su clarificación. Para mayor información respecto a este debate conceptual, véase Annino y Guerra, coords. (2003). Para una revisión de lo planteado por Antonio Annino respecto al concepto de «pueblos», véase Palti (2007).

⁵ De acuerdo al análisis del historiador Gabriel Salazar, la mención del protosocialismo en la figura de los intelectuales del XIX chileno estaría olvidando el contexto material en que habrían operado estos intelectuales. En palabras del autor: «Se ha mencionado a menudo a Francisco Bilbao, Antonio Arcos y Victorino Lastarria como los grandes precursores del pensamiento socialista o revolucionario en Chile. Es de interés contrastar, sin embargo, su específica base social y temporal de acción histórica —que determinó su tipo de pensamiento [...]. Cabe consignar que ninguno de esos intelectuales [...] vivió y experimentó la lucha (clásica) que los “pueblos” sostuvieron con el patriciado de Santiago durante el periodo de 1823-1830, por ser niños todos ellos cuando eso ocurrió. En segundo lugar, destaquemos también que dos de ellos —Bilbao y Arcos— provenían de familias mercantiles, mientras el tercero, Lastarria, era hijo de un padre que incursionó en la minería de habilitación. En tercer lugar, aunque sus familias fueron todas opositoras al régimen portaliano, los jefes de las mismas desempeñaron cargos de representación política, eclesiásticos y aun de carácter financiero durante la vigencia de ese régimen [...]. Su crítica fue, por eso, más política que económica, más cultural que social y, en definitiva, más abstracta que el lenguaje usado por los artesanos en sus “representaciones” al gobierno» (2014: 414).

función se constituye en una nueva guía autónoma y reguladora, contesta en la práctica la devaluación sufrida en los dispositivos que le preceden, y se da en paralelo determinadas lógicas presentes en la prensa y ciertamente en vínculo y especificada por otras fuentes (ideológicas o políticas) (1998: 75).

Esta prensa que construye el espacio público en la discusión de las ideas se nos presenta como un germen, bajo el argumento del autor, para la instauración de una incipiente independencia intelectual. A través de una constante negociación de posiciones con el Estado que ordena y dispone los medios de comunicación a su arbitrio, esta prensa «crea la opinión pública»⁶. Ello, como un camino para la democratización del espacio público que, a la salida de un guerra civil (1859), se encuentra cooptado aún por el poder gobernante⁷. Encarnando un espacio discursivo para los liberales derrotados, el periódico *La Semana* ofreció la posibilidad de consolidar un campo tanto para el literato en ciernes como al escritor periodístico⁸ (Ossandón Buljevic, 1998: 76). De lo anterior y retomando el análisis ya anunciado, consideramos que la explicación valorativa de este soporte cultural resulta de gran ayuda para constatar la consolidación de determinadas heterocaracterizaciones de «lo español», en la voz de la intelectualidad crítica de la época.

Heterocaracterizaciones de «lo español»

Considerando lo ya expuesto, podemos precisar que las heterocaracterizaciones problematizadas en este análisis fueron desarrolladas por un grupo de intelectuales americanos (dos chilenos y un boliviano, específicamente) quienes, a través de su escritura, otorgan un espacio para la construcción y legitimación de determinados modelos de «lo español»—«Siglo de Oro español escuela para América», «Espronceda símbolo de la literatura hispana del siglo XIX»y «España como igual/padre para los americanos», específicamente. Desde el punto de enunciación construido por la voz de un crítico literario, sus narrativas presentaron heterocaracterizaciones dinámicas de lo hispano a partir de su propia unidad cultural⁹ intelectual.

⁶ Para esta referencia véase el artículo de Justo Arteaga Alemparte «La Opinión pública», en el número 44 de la publicación.

⁷ No obstante lo anteriormente dicho, no debemos olvidar que si bien este periódico se constituye en una de las primeras instancias para resquebrajar el modelo de la comunicación oficial —otro periódico, bajo el análisis de Ossandón Buljevic, sería *El Correo Literario* (1858)— la independencia final de la intelectualidad como campo separado del Estado no se verá en América Latina sino hasta fines de siglo (Ramos, 2003: 90-100).

⁸ Respectivamente, tenemos el caso de un joven Alberto Blest Gana (1830-1920) que comenta y publica ciertos cuadros de la vida santiaguina (cuadros que luego le servirán a la construcción de la primera novela chilena *Martin Rivas* (1862), así como el caso de Justo Arteaga Alemparte (1834-1882) quien tomará este medio como un ensayo periodístico para su posterior consagración en uno de sus grandes proyectos publicitarios, el periódico *Los Tiempos* (1877-1882).

⁹ Según Thomas Lewis en su artículo «Hacia una teoría del referente literario» (1984), existirían distintos niveles, tanto desde la semiótica de Umberto Eco como desde el enfoque marxista de Louis Althusser, para pensar el tema de los referentes al interior de un texto literario. Si bien Lewis realiza un completo análisis acerca de la conformación del referente, éste enfatiza el influjo que la semántica cultural tendría sobre el resultado final de los escritos. En este modelo existirían tres niveles para la comprensión de la realidad a través del texto literario: en primer lugar, hallamos una realidad a la que no podríamos acceder totalmente, siendo esta un punto base de nuestro conocimiento. En segundo lugar, un texto literario que haciéndose de «una» determinada lectura de esta realidad crearía una interpretación del hecho. Finalmente, la interpretación de esta realidad mediada por el texto literario que estaría contenida en una unidad cultural integrada por las ideas que hemos reproducido respecto a este hecho real (la ignorancia de la época de Colón respecto a la redondez de la tierra, constituiría un buen ejemplo de ello).

Ahora, ¿cuáles son las heterocaracterizaciones que hallamos presentes al interior del periódico respecto a las representaciones de «lo español»? Una de las primeras caracterizaciones activas en el discurso «raciocinante» del medio, es su comprensión de determinado periodo de la literatura española como un modelo para el desarrollo de la literatura americana. Así lo expresa el crítico literario Gregorio Víctor Amunátegui (1830-1899) quien al analizar las *Poesías de D. Juan León Mera* entrega el siguiente dictamen: «No obstante las críticas que anteceden, don Juan León Mera es un poeta de esperanzas. Se conoce que ha estudiado los buenos modelos de la literatura española: que ha leído a frai Luis de León i a Rioja, i que en algunas ocasiones se ha propuesto imitarlos. La escuela no puede ser mejor» (1859b: 357).

Distintos elementos podemos desprender de la lectura realizada por Amunátegui respecto a la poesía de Juan León Mera (1832-1894). En un primer lugar, la esperanza en la poesía de Mera deriva de la «calidad» de la escuela que este imita. Por consiguiente, la esperanza de esta futura lírica dependería directamente del «Siglo de Oro español» como referente de excelencia al momento de producir sus versos: en este caso, si el autor se desvía de su imitación, la poesía se vería inutilizada. Segundo, el crítico reconoce que el poeta ha sido capaz de seguir «los buenos modelos de la literatura española». De ello podríamos inferir la existencia de modelos no-buenos o errados de literatura, que siendo incompatibles con lo que el crítico recomendaría —desde la posición del maestro en la literatura—, inhabilitarían la construcción poética de Mera. Asimismo y encarnando una visión esencialista de la poesía, Amunátegui establecería un «molde» de «buena literatura» —fray Luis de León y Francisco de Rioja—, que si bien permite el seguimiento de un camino correcto, a su vez, destruiría la posibilidad de una creación poética original fuera de los cánones hispanos. Por lo mismo, la aseveración tajante del crítico fija en los moldes de fray Luis de León (1527-1591) y Francisco de Rioja (1583-1659) la mejor escuela para los poetas americanos. Otro tanto podemos decir respecto al mismo ejercicio realizado por el crítico. Si aplicamos un visión más allá de lo estrictamente literal, vemos que la indicación de «buenos» referentes para la literatura americana, supone la búsqueda/construcción de este canon americano que, en algún momento, pudiera ser exclusivamente nuestro. Sin embargo y volviendo al texto, nos damos cuenta que el direccionamiento de la literatura americana sobre vías hispanas, reafirmaría la tesis de que los referentes literarios americanos están radicados en un lugar, España y que, a su vez, este modelo está circunscrito a un periodo literario como fue la escuela española renacentista¹⁰.

Por otro lado, llama la atención que al interior del mismo texto, Gregorio Víctor Amunátegui insista en denunciar la copia que realizaría Mera respecto a la producción hispana. Con una

¹⁰ Cabe destacar que lo comentado por Amunátegui en esta crítica, al parecer, respondería a un pensamiento propio de algunos integrantes del movimiento intelectual de 1842. Tanto el poeta Eusebio Lillo en las páginas del periódico *El Museo* (1853), como el mencionado Lastarria en su «Discurso de Incorporación de D. J. Victorino Lastarria a una Sociedad de Literatura de Santiago» (1842), aluden a la necesidad de fundar la literatura nacional de establecer sobre los moldes de la escuela española del Siglo de Oro español. No resulta descabellado pensar, desde este punto de vista, que la poderosa influencia de Andrés Bello como la figura del «archivo» foucaultiano, es quien permitiría o desautorizaría lo que puede y debe ser elegido al momento de crear la nación literaria (Foucault, 2008).

insistencia que apela al reconocimiento por parte de Mera en relación a su inspiración hispana¹¹, el crítico será inflexible en señalar dicha culpa:

Aun cuando el autor no lo diga, es evidente que el *Canto del Llanero* es una imitación manifiesta de la *Canción del pirata* de Espronceda, que todos saben de memoria. El asunto, el modo de tratarlo i hasta la forma métrica están revelando la procedencia de esta composición, no obstante que el argumento sea exclusivamente americano; pero tal particularidad no alcanza a variar su naturaleza, ni a darle orijinalidad, bien que haga grata su lectura (1859a: 343).

Más allá de las indicaciones que enuncia el crítico a favor de la poda de las ramas defectuosas del árbol de la literatura¹², la relación establecida por Amunátegui entre el texto de Mera y el de Espronceda nos invita a repensar una vez más el lugar de la literatura española en la unidad cultural fundada por la intelectualidad chilena. Como podemos inferir, la presunta ruptura entre los elementos hispanos y americanos se percibe problematizada por esta enunciación. La potente identificación de Espronceda como un autor de común circulación en el medio intelectual decimonónico estaría delatando un visibilidad constante de la identidad «española» en el cotidiano de los escritores latinoamericanos (una escritura «aprendida de memoria»). En este mismo sentido es que la acusación de un asunto, de un modo y de una métrica copiada a Espronceda, nos permiten apreciar la profunda consciencia de un crítico literario (caso de Amunátegui) respecto a los *best sellers* de su época. Desde esta visión panorámica de su tiempo, el crítico nos informa en torno al gran peso que tiene el poeta español y su escritura, para el imaginario chileno de la década de 1859.

Contando las múltiples alusiones a la poesía y a la figura de Espronceda como influencia determinante en los poetas-políticos del siglo XIX chileno tales como Guillermo Matta (1829-1899), Eusebio Lillo (1826-1910), José Antonio Soffia (1843-1886), entre otros, la imagen de esta «idea de lo español» resulta inabarcable para nuestros propósitos¹³. En el caso de *La Semana*, decidimos centrarnos exclusivamente en los artículos críticos y de comentarios literarios del periódico, pero es interesante destacar que si tomásemos solamente el ámbito de las poesías incluidas en esta publicación, claramente podríamos ver la primacía de un modelo esproncediano. Sin embargo, este modelo no sirvió tan solo para indicar la imitación/admiración a este símbolo del romanticismo español. El mismo Gregorio Víctor Amunátegui en otra crítica destinada a comentar la obra lírica del poeta colombiano José Eusebio Caro (1817-1853), compara la escritura de Víctor Hugo en contrapo-

¹¹ «Las poesías de Mera no tienen un sello peculiar que las caracterice i distinga: les falta orijinalidad: la mayor parte de ellas son simples imitaciones de los poetas españoles. El autor dice en la dedicatoria de su obra que sus versos son flores que han brotado de su seno ardiente. Acepto la metáfora con tal que se reconozca que las simientes de donde esas flores han jermidado han sido importadas de tierra extranjera» (Gregorio Víctor Amunátegui, 1859a: 342).

¹² Otro crítico activo del periódico *La Semana*, Joaquín Blest Gana (1831-1880), desde *La Revista de Santiago* para el año de 1848 —dieciséis años al momento de escribir su artículo— definía la función de la crítica literaria bajo los siguientes términos: «El estado del arte crítico es en casi todas las literaturas el no engañador termómetro que consultamos, para determinar a punto fijo el grado de decadencia o progreso en que éstas se hallan: la crítica es el cincel repulidor de las creaciones imperfectas, el hacha que troncha las ramas viciadas o inútiles del árbol de la literatura, el mismo tiempo que el río que esparce sus aguas benéficas en el campo de los conceptos» (Blest Gana, 1848: 60).

¹³ Las «voces fuertes» de la crítica chilena que han dedicado algún esfuerzo al análisis de la poesía decimonónica del periodo (Fernando Alegría, José Promis, Alone, Raúl Silva Castro, Fernando Dussel, entre otros), concuerdan en la primacía del José de Espronceda y Vicente Zorrilla como modelos, tanto biográficos como escriturales, para esta generación de poetas republicanos.

sición a la producción de Espronceda respecto al tópico del mendigo. En este lance, la victoria es de Víctor Hugo:

Espronceda ha preferido pintar al mendigo bribón, holgazán, sarcástico i malagradecido, que «recibe los favores sin estima i sin amor». A diferencia de la del poeta francés, la composición del español, cualquiera sea su merito literario i la enerjía de su colorido, puede considerarse como una mala acción, que tiende a combatir en el corazón humano el noble sentimiento de la caridad, ese sentimiento que en vez de ser atacado, debe ser defendido contra el egoísmo de los felices del mundo (Gregorio Víctor y Miguel Luis Amunátegui, 1861: 177).

Esta vuelta sobre Espronceda nos permite, una vez más, apreciar la recurrencia de esta heterocaracterización exhibiendo un modelo poético bien ejecutado. Así pues, la idea de literatura española decimonónica se presenta en Hispanoamérica mediada por la fuerte imagen de este vate español. Sirviendo como ejemplo de una «buena composición poética», el concepto «Espronceda» también resulta útil para contrastar el lugar de España ante la literatura francesa.

Por otro lado y llevando esta análisis más allá de lo que indica la cita literal, la contraposición de lo francés como cultura superior a lo hispano, también podría servirnos como un indicio de heterocaracterización, particularmente, evidenciando los puntos negativos de la imagen española. En esta disquisición literaria, el símbolo de Espronceda cae ante la benigna y esperanzadora ejecución de Víctor Hugo que si sabe como tratar el tópico del mendigo. En Víctor Hugo, existe un cuidado sobre la caridad que no está presente en la dura exposición que hace Espronceda de esta figura.

Profundizando en esta disparidad, la idea de la superación de lo español en lo francés también nos permitiría aproximarnos aún más a la propuesta de los estudios transatlánticos. Observando la geotextualidad en que se mueve el fragmento (Ortega, 2010), el crítico está juzgando desde su *locus* americano la competencia de la literatura española ante la literatura francesa. En este sentido, y comprendiendo a los estudios transatlánticos como la necesidad que «recupera la textualidad aleatoria y discontinua de los contactos, intercambios, negociaciones, fracturas, cruces y mezclas de lenguajes culturales que construyen espacios de afincamiento y estrategias de migración, dispositivos de articulación y prácticas de entramado y anudamiento» (Ortega, 2010: 11), serían precisamente estos cruces defendidos por el crítico, un ejemplo *in situ* de este diálogo de negociación e intercambio. A partir de un texto que promueve rearticulaciones y que a su vez se inserta a sí como juicio legítimo en el campo de la crítica, estas relaciones propuestas por Amunátegui evidencian el desplazamiento de un lugar a otro. Es así como, desde el emplazamiento retórico que propone la confrontación de estos símbolos (lo francés ante lo español), el diálogo transatlántico circula.

Otra de las heterocaracterizaciones de «lo español» la podemos hallar en el rol atribuido a los hispanos en torno a la leyenda negra del llamado «Descubrimiento y Conquista de América»¹⁴. Como un ítem obligado para una independencia que goza de apenas cuarenta años para el lugar de enunciación, el argumento referido al estado de América antes de la independencia y las consecuencias de esta guerra civil resulta un lugar común en el discurso histórico y literario del siglo

¹⁴ Hacemos la diferenciación respecto «Descubrimiento y Conquista de América» debido a la revisión del concepto en los últimos años. Desde el «choque de civilizaciones» hasta la «invasión y destrucción de América», el concepto de descubrimiento ha sido calificado como un atentado contra la memoria de los pueblos precolombinos.

XIX. A partir de la crítica a las *Poesías de D. José Fernández Madrid*, Miguel Luis Amunátegui (1828-1888) —hermano de Gregorio Víctor— desborda el texto en la explicación de la importancia histórico-social de la revolución de la independencia y el rol que tiene la participación de los españoles en ella:

Las composiciones de Fernández Madrid son un documento importante para estudiar la naturaleza de los sentimientos en la época de la independencia, i después de ella, han rejido las relaciones de los españoles americanos con los españoles europeos. Se sabe que los habitantes de la península echan en rostro a los del nuevo mundo un odio ciego e inmotivado hacia ellos. Sostienen que los ciudadanos de las nuevas repúblicas aborrecen a muerte todo lo que es español, solo porque es español. Esta acusación es un error que se halla desmentido por los hechos; es una calumnia que no merecemos (Miguel Luis Amunátegui, 1859: 391).

Como ya lo indicásemos más arriba, este desborde del tema principal —las poesías del colombiano José Fernández Madrid (1789-1830)— exhibe la postura del crítico literario como un autor que trasciende el ámbito estético para instaurar una protesta contra esta heterocaracterización americana (los americanos odian a todo español o a todo lo que es español). Argumentando desde la voz popular («se sabe»), el autor desmiente el presunto odio que tendrían los americanos a «lo español» como resabios de las guerras civiles. En este sentido y volviendo sobre las potenciales rearticulaciones que defienden los estudios transatlánticos, cabe destacar que la estrategia de Amunátegui para «limpiar» la imagen de los americanos ante los españoles, podría funcionar como un redireccionamiento de la crítica hacia «unir» estos mundos, más que separarlos. Cerrando este breve argumento, el autor muestra la separación de dos momentos históricos, uno de guerra y otro de paz, llamando a la toma de conciencia respecto al beneficio de las relaciones presentes:

La guerra contra la metrópoli ha sido una guerra contra ciertas ideas, no contra las personas. Los americanos no hemos renegado de nuestra raza; lo que hemos hecho ha sido combatir la superstición política i la superstición religiosa, la monarquía i la inquisición. Hemos obrado en nuestra tierra, como muchos españoles han obrado en la suya, sin que por eso hayan sido tachados de antiespañoles (Miguel Luis Amunátegui, 1859: 391).

A través de este fragmento vemos un distanciamiento de la heterocaracterización «padre español/hijo americano» pero, a su vez, apreciamos una reafirmación de estas imágenes comunes. Baj la diferenciación entre los cuerpos y sus ideas —ejercicio notable para una revolución de independencia que, una vez más, no tiene más de cuarenta años—, el crítico explica que cuerpos e ideas no son equivalentes. Esto, a su vez, refuerza las heterocaracterización de «lo español» en torno a la «superstición política y la superstición religiosa, la monarquía y la inquisición» ya no como parte de los cuerpos sino como miembros de un ideario de nación (en este punto, la alusión a Benedict Anderson puede ser bastante acertada).

Asimismo y aplicando una vez más la teoría aportada por los estudios transatlánticos, podemos vislumbrar a través del fragmento un cierto rebatimiento de «lo español» (esta vez la cultura) como referente para el mundo americano. Entendiendo que la crítica transtlántica intenta cuestionar el principio de autoridad para la definición de un orden fijo, la descripción de los americanos como sujetos racionales en contraposición a la idea velada de la irracionalidad religiosa española, contribuye a este reposicionamiento del diálogo civilización/barbarie. Frente a las heterocaracteriza-

ciones ya mencionadas («lo español como escuela, Espronceda como símbolo de la literatura española, americanos v/s españoles»), el discurso crítico preparado por Amunátegui plasma indirectamente al americano como el sujeto con cuerpo pero también con ideas correctas, integrante del progreso y la civilización.

Antes bien, no todo lo expuesto en esta publicación se vio atravesado por un discurso que debía filtrarse para la extracción de un mensaje más claro, más racionante. En otros puntos de su articulación, el periódico ofreció su espacio a la difusión de obras que explícitamente construirían una identidad para la literatura americana. Este el caso del artículo «Literatura Americana» publicado el 3 de marzo de 1860, para el número 35 del medio. A partir de *Bosquejo de los Progresos de Hispanoamérica* (1858) del publicista boliviano Manuel José Cortés (1815-1865)¹⁵ —texto, por lo demás, célebre para la época—, la dirección del periódico seleccionó un apartado del libro, capítulo VII titulado «De la Literatura», para profundizar respecto al estado de la literatura continental. Para el comentario de dicha publicación, el periódico escogió la siguiente cita: «En la literatura española se distinguen los mismos rasgos que marcan el carácter de la España. El honor, la jenerosidad, el orgullo, la galantería, el espíritu caballeresco, los sentimientos religiosos caracterizan la literatura española» (Cortés, 1858: 151). Este catálogo de valores que identificarían a la literatura española con la misma esencia de su «pueblo» nos arroja otra línea con la cual históricamente se han identificado las ideas referidas a «lo español». A través de una aproximación axiológica —los españoles son generosos, orgullosos, galantes, honorables— el discurso de Cortés reafirma una visión esencialista respecto al conocimiento de «lo español». De igual forma, la indicación de la predominancia del sentimiento religioso en la literatura española es una constante en la apreciación mundial de la literatura española; constante que por cierto, ellos mismos contribuirían a reafirmar¹⁶. Todo este discurso lo hallamos inscrito en un medio que difundió esta proyección de la cultura española legitimando sus heterocaracterizaciones.

A su vez y consciente del histórico sincretismo cultural árabe-español, el discurso de Cortés no desconoce el aporte de los árabes a la civilización hispana aunque siempre subordinando dicho aporte a «lo español»: «Las imajenes brillantes i atrevidas que algunos atribuyen a la literatura de los árabes, de quienes se dice que las tomaron los españoles, a cuya imajinación las atribuiríamos de buena gana, son también uno de los lineamientos que distinguen la fisonomía de la literatura española» (Cortés, 1858: 151). Esta posición inestable en que el autor ubica al mundo árabe frente a lo hispano, no debe pasar desapercibida. El entramado que subyace a esta afirmación, delata el pensamiento binario emanado de la escritura de Cortés, que aleja el elemento bárbaro (lo árabe) de la presunta civilización española. De allí es que, «De quienes se dice» y «algunos» son estructuras

¹⁵ Es relevante destacar que el texto aparece publicado por primera por la Imprenta del Comercio, en Valparaíso, para el año de 1858. La publicación de un texto que no es de autor chileno y que se circula en nuestro país, nos permite abrir nuestros análisis a la comprensión de que la labor editorial que está viviendo la república no solo podría ser más amplia de lo que se conoce sino que, a su vez, publica obras en un concierto americano internacional, lo que no sería la primera vez. Recordemos que la famosa obra de Sarmiento *Facundo* (1845), fue publicada por primera vez en Chile en la Imprenta del periódico *El Progreso*.

¹⁶ Casos como los de Cadalso y Unamuno pueden ser los bullados, pero ciertamente, no los únicos.

lingüísticas que funcionan como relativizadores para el juicio crítico, entregando la fundamentación argumentativa a una masa sin rostro, sin experiencia crítica.

Otro tanto podemos decir respecto del texto de Cortés como un diseño que intenta insertar la literatura americana en el concierto mundial, ¿a partir de que? A partir de la tradición literaria española:

Los pocos escritos publicados en América durante el coloniaje, estaban sujetos a las mismas vicisitudes i llevaban el sello del gusto dominante en España, por lo cual deben incluirse en la literatura española. La literatura hispano-americana propiamente dicha, data de la guerra que se encendió por la independencia del Nuevo-Mundo (Cortés, 1858: 152).

Sumándonos al bando civilizado, el texto incluye a los americanos en el discurso de un «nosotros logocéntrico», relegando a un «otro» indígena fuera de la escritura y del tiempo. Al trazar una continuidad y fundar una noción de literatura a partir del «Descubrimiento de América», el autor logra integrarnos a la historia universal dejando de lado nuestros pasados impuros. En este sentido, si bien el coloniaje no se presenta como un canto de alabanza a la hispanidad en la escritura de Cortés, el hecho de que los americanos nos sumemos a esta tradición permite apreciar el camino del hijo que aún busca la validación y el reconocimiento de su padre. A su vez y desde la lógica que incita al reconocimiento del español como un par en el plano de la existencia cultural (Miguel Luis Amunátegui), Cortés reclama la paternidad de España como una forma de incluirnos en el concierto de las civilizaciones. En este punto entre-medio que lucha por generar identidad, es decir, entre un mundo indígena que se encubre y un mundo hispano que se desea pero que también se rechaza, volvemos a leer las fisuras del discurso republicano.

Asimismo y prosiguiendo con nuestro análisis, la retórica plasmada por Cortés constantemente transita sobre un complejo sistema binario de la igualdad y la diferencia:

Tanto en la poesía popular argentina como en la cultivada por el arte, se encuentra algo de fatalismo oriental. No sería extraño que los españoles transmitiesen a sus hijos los argentinos, algo de la herencia poética que recibieron de los árabes. Esta aserción parece confirmada por la semejanza que se nota entre el canto de los argentinos i el de los juglares de la Edad-media: se sabe que este no fué más que un gemido prolongado, i que aún antes de la época mencionada, tenía el canto español el mismo carácter (Cortés, 1858: 154).

Este acercamiento al ámbito español lo hallamos introducido por la figura del «gaucho», figura que no puede separarse –bajo la perspectiva del autor– de su génesis árabe-hispana. En este punto de la narración, el texto introduce el término «hijo» para señalar la paternidad hispana sobre la nación argentina instando a la re-conexión entre el origen español y su proyección americana. Sobre lo mismo, Cortés comprende que «la literatura de cada una de las secciones americanas será todavía más nacional, si se hiciera valer las tradiciones de cada una de nuestras repúblicas» (1858: 154). A su vez y con una discusión que plantea el mismo problema acerca de las relaciones hispano-americanas –para ello, recordemos la crítica de Miguel Luis Amunátegui–, este tránsito entre el re-posicionamiento de las relaciones de iguales hacia la figura padre-hijo expuesta por Cortés, exhibe el desplazamiento de esta heterocaracterización en el diálogo transatlántico continuo entre España y América.

No obstante y desde esta vía de análisis, también en América se construye la diferencia:

Pero sea lo que fuere estas semejanzas, un gaucho arjentino, uno de esos guerreros que combatiendo por la libertad de su patria, enrojecieron su lanza con la valiente sangre española; uno de esos hombres que son la personificación de la historia de su país, mezcla de elevación i crímenes, de heroísmo i de barbarie, puede ser un tiempo lleno de originalidad i bellezas (Cortés, 1858: 155).

Así es como leemos otra visión facundina del desarrollo americano. Una visión que escribe desde la comisura entre el «heroísmo y la barbarie» al mismo tiempo que contribuye a separar al sujeto americano y su literatura del padre español. En un intento para comprender la identidad de la literatura americana como una imbricación de tradiciones pero con un origen determinado (España), la operación de distanciamiento ejecutada por el autor evidencia nuestro proceso como un lugar contradictorio para los esencialismos. El gaucho argentino, presentándose como un guerrero valeroso, da muerte a un guerrero tan valeroso como él. Esta superación de la visión binaria en la que tradicionalmente se había convertido al español como el mayor enemigo de la República nos permite develar el funcionamiento del proceso transicional en la unidad cultural americana respecto a la presencia de «lo español». Si bien se expone el desastre de las guerras de independencia también se invita al re-conocimiento de la hispanidad en el continente americano. Es así como desde una lectura de unión al pasado en la proyección del presente, el texto de Cortés inscrito en el soporte mediático de *La Semana*, reafirma y construye una heterocaracterización basada en la transferencia entre el mundo hispano y sus hijos americanos.

Conclusión

[...] de La Torre, Herrera y Luis de Leonimitareis la nobleza, nervio i majestad; de Rioja el estilo descriptivo i la vehemencia del lenguaje sentencioso i filosófico. Descendeda los prosistas, i Mendoza, Mariana i Solis os enseñaran la severidad, facundía i sencillez del estilo narrativo: Granada, la inimitable dulzura de su habla para expresarlas verdades eternas i el idealismo cristiano; i por fin, el coloso de la literatura española os asombrará con su grandilocuencia, i con las orijinales graciosidades de su *Hidalgo*.

J. V. Lastarria, *Discurso de Incorporación de D. J. V. Lastarria a una Sociedad de Literatura* (1842).

Y de vuelta. Hicimos una promesa y esperamos haberla cumplido. Prometimos exhibir los lazos que atan este discurso hispano-americano de un lugar a otro. Prometimos mostrar las concepciones que impregnaron la unidad cultural de una época respecto a su identificación con un lugar cercano (España). Prometimos un diálogo transatlántico y en el navío de las ideas al parecer hemos llegado a ciertas conclusiones.

La presencia de lo español en el Chile republicano, se manifestó con una fuerza a través del imaginario intelectual de la época. Si bien la consigna para refundar la literatura chilena tuvo como un aspecto central cerrarse contra las influencias de lo que fue el imperio hispano, este deseo no pudo borrar la necesidad de tomar modelos para refundar nuestras letras. En ese caso, «la escuela del Siglo Oro español, la imagen de Espronceda o el reconocimiento de una relación hispano-americana», sea de crítica o alabanza, constituyeron elementos esenciales a la hora de escribir la nación chilena.

Frente a todo esto, apreciamos la negociación de posiciones en que la crítica literaria de la época fungió como juez, para dictar los elementos que debían ser recogidos de dicha cultura y cuales debían ser rechazados.

De esta forma y retomando lo anteriormente hipotetizado reafirmamos nuestro planteamiento para establecer lo siguiente: el periódico literario chileno *La Semana* (1859-1860), efectivamente reprodujo heterocaracterizaciones en torno a la literatura española —el Siglo de Oro español, Espronceda y los españoles iguales y padres de los americanos— como un mensaje unificado de la identidad hispana en el imaginario intelectual chileno decimonónico. Expuestas dichas heterocaracterizaciones a partir de este soporte mediático, los tópicos reconocidos por esta intelectualidad chilena respecto a «lo español», fueron amplificadas por la prensa. Asimismo, no está demás recordar que durante el periodo en que nuestro periódico está en circulación, la separación entre el campo periodístico y el lugar de la literatura, aún no es una división claramente determinada. Esta segmentación, como así lo indica Ángel Rama, primero y Julio Ramos, después, será una idea planteada ya a fines del XIX americano, con el debate por la profesionalización del campo literario americano¹⁷.

Finalmente, en este diálogo de ida y vuelta, reafirmamos nuestra posición que propone este periódico como un medio de difusión para las heterocaracterizaciones de «lo español» en un ambiente de recepción letrada intelectual decimonónica. Desde su complejo contexto de emergencia —el término de la guerra civil de 1859—, *La Semana* contribuyó a la consolidación de este diálogo transatlántico a partir de la búsqueda por nuevos puntos de articulación entre lo hispano y lo americano. En este sentido y citando a Julio Ortega, comprendemos lo valioso de estos cruces toda vez que:

La lectura transatlántica parte de un mapa reconstruido en los flujos europeos, americanos y africanos, que redefinen los monumentos de la civilización, sus instituciones modernas, así como las hermenéuticas en disputa. Por ello, esta lectura da cuenta más que de un histórico de un tiempo trans-histórico, entrecruzado de relatos una y otra vez actualizados (2010: 84).

Como un ejercicio orientado a la ansiada reconciliación de nuestra identidad americana, este diálogo transatlántico/transhistórico hoy fluye más que nunca.

Referencias bibliográficas

ANNINO, Antonio y GUERRA, François, coords. (2003): *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*. México, FCE.

AMUNÁTEGUI, Gregorio Víctor (1859a): «Poesías de D. Juan Leon Mera», *La Semana*, I/22, pp. 341-343.

——— (1859b): «Poesías de D. Juan Leon Mera», *La Semana*, I/23, pp. 355-358.

¹⁷ Para mayor información sobre este y otros debates, sugiero la revisión del texto ya citado de Ramos (1989), así como la clásica obra del crítico uruguayo (Rama, 1970).

- AMUNÁTEGUI, Miguel Luis (1859): «Poesías de D. Joaquín Madrid Fernández», *La Semana*, I/25, pp. 387-392.
- AMUNÁTEGUI, Gregorio Víctor y Miguel Luis (1861): *Juicio crítico de algunos poetas hispano-americanos*. Santiago, Imprenta del Ferrocarril.
- ÁLAMO FELICES, Francisco (2006): «La caracterización del personaje novelesco: perspectivas narratológicas», *Signa*, 15, pp. 189-213.
- BLEST GANA, Joaquín (1848): «Causas de la poca orijinalidad de la literatura chilena», *Revista de Santiago*, 1, pp. 58-72.
- BLOCH, Marc (1949): *Introducción a la historia*. Trad. Pablo Gonzáles Casanova y Max Aub. Buenos Aires, FCE, 1982.
- COLLIER, Simon (2005): *Chile, la construcción de una república, 1830-1865: política e ideas*. Santiago, Universidad Católica de Chile.
- CORTÉS, Manuel José (1858): *Bosquejo de los progresos de Hispano-América*. Comercio.
- (1860): «Literatura Americana», *La Semana*, II/35, pp. 151-155.
- FOUCAULT, Michel (1971): *El orden del discurso*. Trad. Alberto González Troyano. Barcelona, Tusquets, 6ª ed., 2011.
- (1969): *La arqueología del saber*. Trad. Aurelio Garzón del Camino. Buenos Aires, Siglo XXI, 2ª ed. revisada, 2008.
- JAKSIC, I., y CARBÓ, E. P. (Eds.). (2011). *Liberalismo y poder: Latinoamérica en el siglo XIX*. Bogotá, FCE.
- KAEMPFER, Álvaro (2006): «Periodismo, orden y cotidianeidad: presentación de la *Gaceta de Buenos Aires* de Mariano Moreno (1810) y *Prospecto de la Aurora de Chile* (1812) de Camilo Henríquez», *Iberoamericana*, 214, pp. 125-138.
- LASTARRIA, José Victorino (1878): *Obras completas, X: Estudios literarios*. Santiago, Imprenta y Encuadernación Barcelona, 1912.
- LEWIS, Thomas (1983): «Hacia una teoría del referente literario», *Texto Crítico*, 26, pp. 3-31.
- ORTEGA, Julio (2006): «Los estudios transatlánticos al primer lustro del siglo XXI. A modo de presentación», *Iberoamericana*, 21, pp. 93-97.
- (2010a): «Post-teoría y estudios transatlánticos», en Ileana RODRÍGUEZ y Josebe MARTÍNEZ, eds., *Estudios transatlánticos postcoloniales. I. Narrativas comando / sistemas mundos: colonialidad / modernidad*. Barcelona, Anthropos.
- (2010b): «Prólogo», en *Nuevos hispanismos interdisciplinarios y transatlánticos*. México, Iberoamericana - Vervuet.
- OSSANDÓN BULJEVIC, Carlos A (1998): *El crepúsculo de los «sabios» y la irrupción de los «publicistas»: prensa y espacio público en Chile (siglo XIX)*. Santiago, LOM.
- PALTI, Elías J. (2007): *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- PELUFFO, Ana, y SÁNCHEZ PRADO, Ignacio M., eds. (2010): *Entre hombres: masculinidades del siglo XIX en América Latina*. Madrid - Frankfurt, Iberoamericana - Vervuet.

- RAMA, Ángel (1970): *Rubén Darío y el modernismo: circunstancia socioeconómica de un arte americano*. Caracas, Biblioteca Universidad Central de Venezuela.
- RAMOS, Julio (1989): *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX*. Santiago, Cuarto Propio - Callejón, 2003.
- SALAZAR, Gabriel (2014): *Mercaderes, empresarios y capitalistas: Chile, siglo XIX*. Santiago, Sudamericana.
- STUVEN, Ana María (2000): *La seducción de un orden: Las elites y la construcción de Chile en las polémicas culturales y políticas del siglo XIX*. Santiago, Universidad Católica de Chile.
- SUBERCASEAUX, Bernardo (1997): *Historia de las ideas y la cultura en Chile*. Santiago, Editorial Universitaria, vol. I.
- ZEA, Leopoldo (1949): *El pensamiento latinoamericano*. Barcelona, Ariel, 3ª ed., 1976.